**Lunes XII del TO
Ciclo A**

22 de junio de 2020
2Re 17, 5-8.13-15.18
Sal 59
Mt 7,1-5
*P. Eduardo Suanzes, msps*

Hemos hablado con durante estos días, siguiendo el sermón de la montaña de Mateo, cómo Jesús invita a que seamos lo que somos en realidad, dentro del ser de nuestro Padre Dios. Así podremos perdonar, abandonar los juicios condenatorios, porque Dios hace llover sobre justos e injustos. Pero esta invitación al perdón y a abandonar el mundo del juicio-condena no se basa tan sólo en la emulación del Padre compasivo, ni en la radicalidad profunda del Ser-en-Dios, del ser Amor-Misericordia-Compasión, sino que se encarna muy lógicamente en la propia fragilidad del yo humano, como recogen los versículos del evangelio de hoy[[1]](#footnote-1).

El razonamiento es «de cajón», contundente, imbatible, salvo para quienes se atrincheren en su prepotencia y se consideren «justos» y libres de toda mancha o culpa. Pero desde la lógica del comportamiento humano es claro que la fragilidad y la imperfección achacan a toda persona. Aquí se ve de nuevo la oposición entre el mundo egoico y el mundo del ser. Desde el ego es normal ver la mota en el ojo ajeno, los defectos del prójimo, y disculpar o no ver los defectos o errores propios. Desde el ego también se explica esa actitud puramente defensiva que consiste en disimular los propios errores agrandando o resaltando los de los demás, de modo que el foco de atención se desvía sobre los errores de los demás y se distrae la atención hacia los propios. En el texto, esta actitud es tachada de «hipócrita», cuyo significado exacto es el de actor, es decir, actuación, interpretar un papel ficticio. Quien se vuelca en destacar los defectos ajenos, aparte de ocultar los propios, está actuando desde un yo ficticio en el que ha maquillado sus defectos e intenciones, y al que ha revestido de atributos de perfección que le permiten erigirse en juez de los demás y de sus defectos. Ese yo no existe; es tan sólo una imagen, es humo, y nosotros nos apegamos al humo.

Jesús apela a la sinceridad, a la honestidad, y, sobre todo, a la humildad. En el fondo de nuestro ser anida, sí, la luz y la bondad, y, precisamente por ello, el fondo de nuestro ser sabe captar cuándo nuestro yo egoico emerge inventando una imagen falsa para ocultar sus propios errores. El fondo de nuestro ser sabe que en la vida nos dejamos llevar por ese yo egoico, por sus pulsiones, deseos, frustraciones y carencias. Eso es casi inevitable. Jesús invita a aceptar eso con humildad, a reconocer esas equivocaciones y a mirarlas desde la bondad que somos y que anida en el fondo de nuestro ser real. Es decir, Jesús invita a que nos perdonemos a nosotros mismos con bondad y con humildad, sin prepotencia ni disimulos. Y para perdonarse honestamente a sí mismos, lo primero que hace falta es reconocer humildemente el error propio. Sólo desde esa constatación y aceptación podrá darse el perdón.

A finales de los años 90, en Sudáfrica, tras décadas de apartheid, de injusticia y maltrato hacia la mayoritaria población negra por la minoría blanca, surgió la «*Comisión para la verdad y la reconciliación*». A través de todo el país, las víctimas cuyos derechos humanos habían sido violados prestaban sus testimonios experienciales, así como los ejecutores o verdugos de aquellas atrocidades confesaban lo que habían hecho. Como refleja la película «*Country in my skul* (En mi país)», de John Boorman, a veces las víctimas se sentaban frente a sus verdugos y les pedían que confesaran lo que les habían hecho, porque «si no confiesas lo que me hiciste, no sé qué te tengo que perdonar», y, tras esa confesión, se producía el perdón. El reconocimiento del error cometido posibilita el perdón, la reconciliación, el encuentro de la persona consigo misma y también con las demás personas.

Cuando cualquier persona constata la viga que hay en su ojo, puede aceptarla y puede reconciliarse consigo misma, y sólo desde esa reconciliación, desde una bondad no condenatoria, podrá dirigirse hacia sus hermanos para mostrarles sus errores y darles la oportunidad de reconciliarse también consigo mismos y con los demás. Porque ***nadie puede ayudar al «malo» asumiendo la condición de «bueno»***. Y, como la fragilidad siempre está presente, y tanto yo como las demás personas nos seguiremos equivocando, ese proceso de reconciliación desde la humildad-honestidad habrá de seguir practicándose, como decía en otro texto de Mateo, «*hasta setenta veces siete*», es decir, las veces que haga falta.

El mayor peligro que acecha al perdón, a la reconciliación, a que la bondad sanadora emerja, es la prepotencia, el apego al rango superior, la ceguera del ego que se encierra en una imagen autocomplaciente de sí mismo y, por ello, no acierta a ver esta «realidad» de la común fragilidad de todas las personas.

Además existe un matiz en el que difícilmente reparamos: que el perdón tiene un sentido de totalidad. El perdón no puede ser parcial, ni tampoco debe estar reservado a los miembros de la comunidad, sino que debe ser un perdón-amor dado a todos, sean quienes sean. Esto se remacha en pasajes evangélicos tan rotundos como los que hemos venido siguiendo del sermón de la montaña en el evangelio de Mateo o en el capítulo 6 del evangelio de Lucas. Recuerden: «*amen a sus enemigos….al que te hiera en una mejilla,… porque si aman a los que les aman…sean compasivos como vuestro Padre es compasivo… den y se les dará…¿cómo es que miras la brizna en el ojo de tu hermano?…*»[[2]](#footnote-2)

1. Sixto Iragui, *El Jesús histórico.* *Cap.3 La renuncia al rango*. (Conferencias en la Parroquia Guadalupe de Madrid). [↑](#footnote-ref-1)
2. Cfr. Mt 5; Lc 6 [↑](#footnote-ref-2)